

Para producir genuinamente necesitamos habilidades intelectuales más que corporales. Entendamos que la trascendencia de los artistas sobrepasa a la de los deportistas. Los *Juegos Olímpicos*, basados en las prácticas griegas de la antigüedad y diseminados por el barón Pierre de Coubertin, no nos causan igual satisfacción que la obtenida por los hallazgos científicos y las deducciones filosóficas. El desarrollo espiritual y el desarrollo físico son ambos importantes, pero el primero sobrepasa al segundo. La locomoción poco importa sin sabiduría, o el habla sin elocuencia, o el oído sin entendimiento.

*La limitación intelectual es peor que la limitación física.*

No despreciemos a los desvalidos ni a los talentosos; seríamos tan ignorantes como crueles. Sin dudas, las proezas de Stephen Hawking son mayores que las de los atletas Milón de Crotona y Johnny Weissmüller. Miguel de Cervantes no necesitó dos manos para ser un genio literario. El rey Filipo II de Macedonia vio más lejos que sus contemporáneos incluso teniendo solamente un ojo.

Nuestras ideas dependen de nuestro cuerpo, pero terminan siendo más esenciales que éste. Las barreras de la Bastilla son más sencillas de derribar que los dogmas religiosos. Los ideales puros no merecen vivir en una celda sino en libertad. No frenemos nuestros ideales, dejémoslos correr. Cuando la sensatez intelectual persiste, aunque se vea limitada por una enfermedad, no mancha la esencia del individuo que la cobija. ¿Cuántas personas saludables que conocemos nos resultan repugnantes? La fealdad inocente de Joseph Merrick, el hombre elefante, siempre fue más atractiva que la belleza maligna de Dorian Gray, el protagonista de la mejor novela de Oscar Wilde.

En el mundo existen terribles agonías: no poder ver un hermoso paisaje, no correr como la Cierva de Cerinea, no escuchar una sinfonía de Ludwig van Beethoven. Pero detrás de esas limitaciones, se oculta un tesoro valioso: la imaginación. La imaginación rebasa los sentidos

convencionales. Son más dignas las victorias logradas con sabiduría en aras de la defensa personal. Odiseo y David no triunfaron por tener fuerzas sobrehumanas o por contar con armas excepcionales, sino por poseer inteligencias superiores.